

KIJANO, de piel y espíritu

El pintor guerrerense recrea con su arte los sueños, ausencias y anhelos



JOVEN JIRAFÁ con zapatos negros mirando de soslayo el plateado espejismo de sus sueños.



AVE JOVEN, inexperta aún, durante la jornada interminable para conseguir el pez de cada día.



CABALLITO ACEBRADO bajo el rojo Sol de sus insomnios leoniles.



AVE MUJER amordazada con los nudos impredecibles del amor.

Azucena Manjarrez

Carlos Maciel Sánchez siente el color en las venas porque es un artista de piel y espíritu que no puede estar ajeno a lo que pasa en el mundo y la única manera para que esto no lo acabe y fulmine, es pintando.

Su arte es mágico, con él recrea los sueños, ausencias, deseos de lo que fue o puede ser, y lo hace como si fuera un canto a la vida que provoque en el espectador una revaloración del sentimiento de existencia o al menos una sonrisa.

La noche es determinante para crear, y ahora que lo recuerda, en su niñez lo que más le impactaba era la oscuridad de la Selva de Guerrero donde vivía, pero también las chispas de luz que saltaban intempestivamente de todos lados y como flashazos se esfumaban.

"Soy un pintor nocturno que siempre ha creído que el arte debe de ser un canto a la vida, que nos reconcilie con ésta.

"A mí me gustaría que quien viera un cuadro mío se sonriera y pensara que la vida tiene sentido, que vale la pena vivir y no porque quiera hacer de mi pintura algo superficial, al contrario, creo que está muy pensada", explica.

Kijano, como firma sus obras, y quien ha expuesto en Moscú, Rusia, La Habana, San José de Costa Rica; Santiago de Chile; y Riga, de la nación báltica de Letonia y diversos estados del país, dice que cuando pinta se reconcilia con el mundo.

"En este momento es cuando digo que vale la pena vivir. Este mundo es mucho más maravilloso de lo que suponemos.

"A diferencia de lo que muchos artistas dicen de que el arte provoca dolor, para mí el placer mayor es cuando estoy frente al caballete. Es algo que no puedo descifrar, entender, simplemente lo vivo. Hoy sigue siendo un deleite, el goce mayor", considera.

Un niño diferente

Como cualquier niño de campo, el artista combinó el estudio con el trabajo en el rancho La Soledad de Maciel, en el municipio de Petatlán, Guerrero, en donde de la mano de sus progenitores tuvo sus primeros acercamientos con el arte.

Su padre le leía cuentos de Dostoiévski, Tolstói, Azuela, Kafka y Gorki, mientras que su madre le contaba sobre famosos pintores.

"Mi padre era muy duro, tenía tierras y siempre nos ponía a trabajar junto con los demás peones, todos nos considerábamos iguales, la única diferencia que había es que éramos una familia de lectores.

"Viví en un mundo en el que no se sabía cómo impactaría la lectura, a veces iba con mi padre a caballo en medio de la selva y me decía: 'te voy a declamar un poema de García Lorca'", recuerda.

Su madre, una mujer culta, no quiso que ninguno de sus ocho hijos fueran campesinos y promovió su salida del pueblo.

"Los dos mayores se fueron a estudiar a México a los 7 años, pero los que nos quedamos en la selva teníamos la idea de que existía una gran ciudad. Cada vez que nos visitaban, llevaban amigos y así conocí a familiares del pintor Diego Rivera y de la museógrafa Isabel Marín", argumenta.

Leonel Maciel, su hermano, quien es considerado uno de los máximos exponentes del realismo mágico plástico en México, comenzó a llevar al pueblo a gente importante del ambiente intelectual y eso le fue abriendo a Kijano otra visión del mundo.

Los caminos del arte

El pintor siempre ha creído que los momentos de decisión pueden ser múltiples, hay quienes los definen desde niños queriendo ser bomberos, escritores, ladrones y lo hacen; en su caso nunca se lo planteó.



CARLOS MACIEL Sánchez.



UNA DE las creaciones que se encuentra en la Galería de Arte Frida Kahlo.

"Sólo descubrí que me gustaba la pintura y me dejé llevar por las corrientes del río. De niño ya me gustaba aplanar la tierra y sobre ella dibujar, después lo hacía en el poco papel del que disponía", refiere.

Cuando llegó a México a estudiar en la Vocacional del Politécnico, se le daban con facilidad la Física y las Matemáticas.

Ahora, en su cubículo de la Facultad de Historia de la UAS, el artista menciona que estudiaba pintura por las tardes en los talleres del Seguro Social y en el Molino de Santo Domingo.

"Sigo pensando que eso es lo ideal, porque te hace ser responsable, es una gran pasión que nunca termina, además es algo que ni te cansa, aburre, ni ata", manifiesta.

El pintor e historiador se ha planteado en su trabajo plástico, cómo hacer una propuesta asequible sobre todo para un público que no siempre tiene una formación intelectual.

"Me he preocupado en cómo lograr atrapar la mirada, cómo despertar la imaginación en alguien que nunca ha visto una obra y creo que lo he conseguido por el manejo del color", añade.

Se considera también un perfeccionista, lo que revela, le viene de su época de militancia comunista, doctrina política e ideológica que aún profesa.

"Cada uno de nosotros tiene una neurosis, yo por ejemplo no puedo estar en un lugar sucio y que no esté en orden de alguna manera no he dejado de ser un militante comunista.

"Milité con mucho amor, sin odios ni rencores, obtuve una disciplina, hay cosas que no puedo tolerar como la mentira y deshonestidad.

“Me he preocupado en cómo lograr atrapar la mirada, cómo despertar la imaginación en alguien que nunca ha visto una obra”

CARLOS MACIEL, KIJANO
Pintor.

Rusia en su vida

A los 18 años, Kijano llegó a Moscú. Era un muchacho desolado y petulante.

"Recuerdo que habían caído las primeras nieves de noviembre, estaba solo en mi habitación y de pronto sentí como si algo dentro de mí se hubiera roto y con ello una necesidad imperiosa de pintar. Puedo asegurar que en ese momento nací como pintor, pero además con un estilo propio", detalla.

El primer contacto con Rusia deriva de un boletín de información que su padre recibía y cuyo papel, utilizaba para hacer aviones.

En cuanto a su estilo, agrega que siempre ha sido el mismo, desde sus primeros grabados el manejo era profesional, lo que ha ido evolucionando hasta llegar a lo que llama la línea de color.

"En mi trabajo hay armonía y estilo que me identifica. Mi obra no es ranchera ni provinciana, trata de que conmueva a un público distante", afirma.

Fue el único pintor extranjero que participó en el llamado Movimiento de Vanguardia Ruso, exponiendo en lugares cerrados, calles y espacios al aire libre. A su regreso a México trabajó en la Universidad de Durango, luego conoció a Alvaro López Miramontes, quien lo invitó a laborar en la UAS.

Manos mágicas

A cada pregunta, Kijano mueve las manos como si estuviera pintando en el aire sus respuestas, como si en un engranaje perfecto de la naturaleza, mandara señales a su cerebro y éste a su conciencia y finalmente se escucharan los trazos de sus palabras.

"Son las manos las que me han dado tanta felicidad, con las que puedo escribir y plasmar lo que se incuba en el cerebro y entra a través de la vista. Con mis manos puedo sentir, acariciar y percibir el mundo", indica.

El arte le ha servido espiritualmente, porque si no pintara le resultaría difícil entender al ser humano y explicar las guerras y otras condiciones del hombre.

"La pintura te permite entender que hay de todo en la vida. Ahorita estoy pensando en jubilarme, porque cuando se ve que no hay vocación para cambiar nos hundimos en la mediocridad, pero antes haré algunas exposiciones en varias partes del orbe", admite.

Este año expondrá en Zacatecas, Bogotá, en Kazán, capital de la república autónoma de Tatarstán; y en San Petersburgo, Rusia, en donde lo invitan, no así en Sinaloa.

Prepara trabajos para otra muestra en Buenos Aires, en la que retomará las obras de sus escritores predilectos como Elmer Mendoza, Juan Rulfo, Carlos Fuentes y Fernando del Paso para darles color, pero su trabajo no se termina en la pintura, ya que es un destacado historiador, académico y promotor de la lectura.